

Pilar Zapata Bosch

TRAPOS SUCIOS
(Tragicomedia en dos Actos)

PERSONAJES: VIRGINIA (*setenta y tantos años*)

AMADO (*más o menos de la misma edad*)

QUIQUE (*unos veinte años*)

MERCEDES (*sesenta y pocos*)

CATALINA (*nonagenaria*)

ACTO I

(Comedor. Al fondo, una puerta. En el centro, una mesa, con los platos de postre, vacíos ya. Sentados a ella, frente al espectador, QUIQUE y AMADO. VIRGINIA está de pie recogiendo los platos.)

VIRGINIA- (A QUIQUE) No sé si habrás comido bien, hijo. Como nos hemos tenido que repartir las dos peras que quedaban...

QUIQUE- Muy bien, abuela. *(Se levanta y le quita los platos a VIRGINIA.)* Déjame, que ya lo llevo yo a la cocina.

VIRGINIA- ¡A ver si lo tiras...! *(Se cae un cubierto. Alarmada.)* ¡Ay! ¿Ves? *(Se inclina, preocupada.)* ¿Se ha manchado el parqué? Anda, déjame a mí, que tú no estás acostumbrado...

QUIQUE- ¿Que no? En casa hago de todo.

VIRGINIA- No me lo creo. ¡Como si no conociera yo a tu madre...!

QUIQUE- Tú la conoces como hija. Como madre, soy yo el que la tengo que soportar, y a veces es mazo de difícil...

AMADO- *(Se ríe.)* Está bien eso.

VIRGINIA- *(Escandalizada.)* ¡Quique! ¡Mira que eres gamberro...! Porque lo dices en broma, ¿verdad? *(Le quita los platos.)*

QUIQUE- Lo digo en serio.

VIRGINIA- Anda, anda, que si te oyera... ¡Con lo que es tu madre...! Ya la echarás de menos cuando te cases con una de esas chicas modernas que no saben ni freír un huevo.

AMADO- Pero tendrán otras habilidades...

VIRGINIA- ¡Calla, hombre, calla, que vas a asustar a nuestro nieto! ¡Siempre estás pensando en lo mismo! Parece mentira que a tus años...

AMADO- ¿Y cómo sabes tú en lo que estoy pensando? Además, la única que está pensando en eso eres tú. Yo me refería a que sabrán desenvolverse en la vida, a que podrán ejercer un oficio...

VIRGINIA- (*Con segundas.*) Sí, sí, ¡menudo oficio! ¡Ir de acá para allá con unos y con otros...! Fíjate que ahora hasta me alegro de no haber tenido una nieta, porque para que nos hubiera salido una... (*Mira a QUIQUE.*) En fin, vamos a dejar el tema. Quique, hijo, ¿tienes prisa o puedes quedarte un rato con nosotros?

QUIQUE- Puedo quedarme. No tengo nada que hacer.

VIRGINIA- Pues entonces siéntate, mientras le preparo el café a tu abuelo... (*Va a salir con los platos, y se vuelve a QUIQUE desde la puerta.*) Tú no tomas, ¿verdad? (QUIQUE niega con la cabeza.) ¿Y una infusión: una tila, una manzanilla...?

QUIQUE- No.

VIRGINIA- ¡Hay que ver qué joya de chico! ¡Con tal de quitarme trabajo...! No como otros que yo conozco... (*Lanza una mirada acusatoria a AMADO, y sale.*)

AMADO- (*En voz baja.*) Quique, ven y cuéntame eso más despacio, ahora que tu abuela no nos oye.

QUIQUE- (*Se acerca a AMADO, y se inclina hacia él, poniendo las manos sobre la mesa.*) Pues nada, que me metí en un foro... ¿Sabes lo que es un foro?

AMADO- En mis tiempos era una plaza grande donde se juntaba la gente para hablar, como el Foro Romano.

QUIQUE- (*Sorprendido.*) ¿Y tú ibas a ese Foro?

AMADO- ¡No, hombre, no! Lo estudié en el colegio. (*Sonriendo.*) Aunque sea un vejstorio, soy un poco más moderno que los antiguos romanos...

QUIQUE- Eso ya lo sé, pero como has dicho que era en tus tiempos... Bueno, pues ahora un foro es lo mismo, pero por Internet: un sitio donde entras y hablas con otros, intercambias información, fotos, vídeos...

AMADO- (*Con impaciencia.*) Sí, sí, cosas de ordenadores. Vamos a lo que vamos: una vez que estuviste dentro, ¿qué pasó?

QUIQUE- Que expliqué tu caso: que te habían adoptado y que estabas buscando a tus verdaderos padres...

AMADO- Buscándolos exactamente, no. A mis setenta y cuatro años no creo que les encuentre ya. Lo que quiero es saber quiénes eran.

QUIQUE- El caso es que me contestó Mercedes, que es hija de una mujer que te había conocido de niño. Por lo visto, su madre trabajaba de criada enfrente de tu casa. Yo tuve buen cuidado de no darle ningún dato, por si acaso me estaba tomando el pelo, pero fue ella la que me repitió lo mismo que tú me habías contado: que vivías en Lagasca casi esquina a Alcalá, que tu padre adoptivo era militar...

AMADO- (*Sorprendido.*) ¿Te dijo todo eso?

QUIQUE- Y otras cosas que yo no sabía: que de pequeño tenías un caballito de ruedas, y que te montabas en él y te llevaban tirando de la cuerda... Que a un lado de tu portal había una lechería, y al otro, una carbonería... ¿Te acuerdas tú?

AMADO- ¡Vaya si me acuerdo! (*Pensativo.*) De la vaquería, que tenía un pequeño establo con vacas, e íbamos a comprar la leche con unas lecheras de aluminio, una leche con un dedo de nata. Y de la carbonería y del carbonero, que nos traía a casa carbón y astillas para la cocina, e iba dejando manchas negras por donde tocaba... Y también de mi caballito, que un día desapareció, supongo que porque yo era ya mayor o él muy viejo, y debieron de tirarlo... (*A QUIQUE, cogiéndole las manos, emocionado.*) ¡Todo es verdad, de cabo a rabo! Dime: ¿quién es esa mujer? ¿Cómo se llama?

QUIQUE- Se llama Catalina.

AMADO- (*Decepcionado.*) Catalina... No me suena...

QUIQUE- A lo mejor tú ni siquiera te habías fijado en ella, pero ella en ti, sí.

AMADO- Pero esa señora será ya una anciana. ¿Cómo es que entiende de ordenadores?

QUIQUE- Es que con quien me escribo yo es con su hija, con Mercedes. La madre debe de ser viejísima. Más que tú, porque cuando tú eras un niño, ella ya estaba de criada, así que ¡imagínate! Es flipante que todavía siga viva a sus años.

AMADO- (*Molesto.*) ¡Ejem! ¿Y qué quieres que haga la pobre? Los años no los cumple uno por gusto: te van cayendo encima. (*Preocupado.*) Y todo esto, ¿no será una broma?

QUIQUE- (*Se sienta a la mesa.*) No creo. La misma Mercedes es también muy mayor. ¡No se va a divertir gastando bromas...!

AMADO- ¿Y por qué no? Eso no depende de la edad, sino del carácter de cada uno...
Mira tu abuela: ni siquiera de joven la he visto reírse.

QUIQUE- ¡Que no, que lo que dice es verdad! ¡No puede haber adivinado tantas cosas!

AMADO- (*Respira hondo.*) De todos modos, hay que conservar la calma, Quique. El hecho de que esa Catalina me conociera cuando yo era pequeño, no significa que sepa quiénes eran mis padres naturales...

QUIQUE- ¡Pero es que ella asegura que lo sabe...! Su hija me habló de un cura... (*Se lleva la mano a la frente, intentando recordar.*) ¡Ay! ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre mazo de raro. Iba a imprimirlo para traértelo todo, pero como me ha llamado la abuela en el último momento para encargarme unos plátanos, con las prisas se me ha olvidado...

AMADO- Y los plátanos también. Ese cura... ¿no sería el padre Fruela?

QUIQUE- ¡Eso es ! ¡Fruela! ¿Le conoces?

AMADO- Le conocía. Era un sacerdote muy amigo de mi familia. Cuando mis padres, o los que yo creía mis padres, murieron en aquel accidente, fue precisamente él quien me explicó que yo era hijo adoptivo... Tenía veinticinco años cuando me enteré.

QUIQUE- (*Consternado.*) ¡Qué fuerte, abuelo! ¿No sabías nada hasta entonces?

AMADO- No. Es que antes no se hablaba de esas cosas con tanta naturalidad como ahora. Mis padres no me lo habían contado. (*Pensativo.*) Ni a mí ni a nadie. El único que estaba en el secreto era el padre Fruela. Pero sigue, que nos va a pillar tu abuela: ¿qué te ha dicho de él esa mujer?

QUIQUE- Nada. Sólo lo nombró como una prueba más de que te conocía.

AMADO- De todos modos, él tampoco sabía de quién era hijo yo. Como te puedes imaginar, se lo pregunté mil veces...

VOZ DE VIRGINIA- (*Desde lejos, a gritos.*) Amado, el café, ¿lo quieres con leche?

AMADO- (*También a gritos.*) ¡Como siempre! ¿A qué cambiar, después de cincuenta años de tomarlo siempre igual? (*A QUIQUE, indignado.*) Me paso el día contestando que el café, con leche, que la sopa, de fideos, y que no hace falta que me planche los calzoncillos...

VOZ DE VIRGINIA- ¿Y a ti, Quique? ¿No te apetece ni siquiera una infusión?

AMADO- ¡Y dale! ¡Otra vez!

QUIQUE- (*A gritos.*) ¡No, abuela!

AMADO- (*En voz baja, a QUIQUE.*) Oye, ¿tus padres saben algo de esto?

QUIQUE- ¡Claro que no! Tú me dijiste que guardara el secreto, y yo lo guardo.

AMADO- Te lo agradezco, hijo. Mejor que quede entre nosotros, por lo menos, hasta que saquemos algo en limpio... Tampoco yo le voy a contar nada a la abuela. ¡Se pone tan nerviosa por cualquier cosa...!

QUIQUE- A ver si se va a rayar conmigo por no habérselo dicho...

AMADO- Contigo no se raya. Además, ya me inventaré algo para dejarte a ti fuera del asunto.

QUIQUE- Sí, pero si vas a ir a hablar con esa Catalina, tendrás que ponerle alguna excusa a ella. Como siempre salís los dos juntos...

AMADO- ¿Y qué? Pues se la pongo, y nos vamos tú y yo, sin que se entere nadie...(VIRGINIA aparece en la puerta con la taza de café, andando despacito y sin hacer ruido.)

QUIQUE- (*Sin reparar en VIRGINIA.*) Al final se van a enterar todos, y verás qué marrón.

VIRGINIA- (*Se acerca y deja la taza en la mesa.*) ¿Qué es eso de lo que nos vamos a enterar?

AMADO- (*Alarmado.*) ¡Virginia! ¿No estabas espiando?

VIRGINIA- (*Ofendida.*) ¿Yo? Yo sólo venía a traerte a ti el café. ¿Qué cuchicheabais?

AMADO- Nada. (*Improvisando.*) Hablábamos... de los estudios de Quique. Dice que a lo mejor le queda una asignatura y no quiere que se enteren sus padres...

QUIQUE- Eso es.

VIRGINIA- (*Enfadada, a AMADO.*) ¿Ah, sí? ¡Pues yo he oído otra cosa!

QUIQUE- (*Se levanta, apresurado.*) Yo ya me voy. Tengo clase a las cuatro, y no llego.

VIRGINIA- ¿No decías que te ibas a quedar con nosotros?

QUIQUE- Es que había pensado saltármela, pero tal como están las cosas con esa asignatura...*(Besa a AMADO.)*

VIRGINIA- Y ¿has cambiado de decisión tan de repente?

QUIQUE- Ya ves. *(Se acerca a besar a VIRGINIA, que le rechaza.)*

VIRGINIA- Te acompaño a la puerta. *(Con retintín.)* Así por el camino me explicas de qué hablabais en realidad tu abuelo y tú...

(Sale VIRGINIA y tras ella, QUIQUE, que se vuelve a hacerle un gesto impotente a AMADO.)

AMADO- *(Suspira.)* Ahora, entre lo que ella misma haya oído y lo que le saque al chico, ya estará al cabo de la calle... ¡Qué mujer...! Además, tampoco se va a creer que yo mismo me acabo de enterar... *(Bebe un sorbo de café. Pensativo.)* ¡El padre Fruela! ¡Quién me iba a decir a mí que iba a salir a relucir el padre Fruela, después de tantos años...!

VIRGINIA- *(Entra, manoteando furiosa.)* ¡Vaya una idea! ¿Cómo se te ocurre entrar ahora en esas averiguaciones? ¿No está todo en orden? Pues ¿a santo de qué hay que remover las cosas a estas alturas?

AMADO- *(A la defensiva.)* Ha sido cosa de Quique... Él es quien se ha empeñado en poner el anuncio en Internet, con su mejor voluntad...

VIRGINIA- ¡Quique! Y a ti, ¿quién te manda hacer caso de un chico de diecinueve años? Además, si tú no le hubieras calentado la cabeza, a él solo nunca se le habría ocurrido...

AMADO- No me imaginaba que se pondría a buscar información. ¡Y mucho menos que le fueran a contestar, después de tantos años...! Yo sólo le conté que me habían adoptado.

VIRGINIA- Y ¿para qué se lo contaste?

AMADO- *(Se acaba el café.)* Porque me parece de lo más natural que nuestro nieto sepa...

VIRGINIA- ¡No hay nada que saber! ¡Si todos nos callásemos a tiempo, mejor iría el mundo!

AMADO- (*Se levanta.*) No estoy de acuerdo. A mí me habría gustado que mis padres me hubieran contado la verdad, en vez de enterarme por otra persona.

VIRGINIA- Sin embargo ellos opinaban que no debías enterarte nunca. No sé por qué tuvo que meter la pata el sacerdote aquel... ¿cómo se llamaba?

AMADO- Fruela. Y no metió la pata: consideró que su deber era informarme antes de que nos casáramos.

VIRGINIA- Pues lo único que consiguió fue amargarte. (*Manoteando.*) Encima de la muerte de tus padres, y encima de que tuvimos que aplazar la boda, cuando por fin nos disponíamos a retomar nuestra vida y a intentar ser felices, ¡va y te suelta la bomba! (*Con tristeza.*) Te pasaste la luna de miel dándole vueltas al asunto...

AMADO- ¡Mujer, Virginia, no exageres...!

VIRGINIA- ¡No exagero! ¿En qué te benefició saberlo? ¡En nada! (*Suspira hondamente.*) ¡Buenos estaríamos si nos dedicamos a desenterrar todos los secretos! El pobre papá, sin ir más lejos, también hizo sus tonterías de joven, y si a mamá le hubiera dado por sacar a relucir los trapos sucios en aquellos momentos, me habría amargado la infancia.

AMADO- (*Irónico.*) ¡Si a eso le llamas tú tonterías...! Lo que hizo tu padre fue dejar a tu madre y casarse con otra.

VIRGINIA- Sí, pero la culpa no la tuvo él, sino las leyes de la dichosa República, que permitían el divorcio y se lo pusieron en bandeja... (*Se sienta. Pesarosa.*) Igual que ahora, más o menos, que no sé dónde vamos a llegar.

AMADO- Las leyes lo permitían, pero no era obligatorio. Sin embargo tu padre se lo tomó como si lo fuera y se lanzó de cabeza a formar otra familia... ¡Si hasta tuvo un hijo...!

VIRGINIA- (*Indignada.*) ¡Aunque hubiera tenido veinte! ¡Y a ese apaño no lo llares familia! Fue un amancebamiento, como otros tantos que hubo en aquella época. Menos mal que cuando Franco tomó las riendas del gobierno anuló todas esas sinvergonzonerías de divorcios y segundos casorios, y las cosas volvieron a su cauce: los maridos con sus mujeres, papá con mamá...

AMADO- ¿Y si no hubiera intervenido Franco? A lo mejor tu padre habría preferido seguir viviendo con su segunda mujer...

VIRGINIA- (*Manoteando, furiosa.*) ¡Pues que se hubiera ido con ella! La metieron presa por comunista, así que podía haber pedido que le hicieran un huequecito entre rejas a su lado. Y sin embargo, removi6 Roma con Santiago para volver a casa con nosotras. Por algo ser6a.

AMADO- Por algo ser6a, desde luego... A lo mejor porque era la 6nica forma que ten6a de salvar el pellejo.

VIRGINIA- (*Sorprendida.*) ¡Amado! ¿C6mo se te ocurre una cosa as6?

AMADO- Es la mar de sencillo: si tu padre se hab6a divorciado de tu madre para casarse con otra, que encima era roja, cuando gan6 Franco deb6 de verse en una situaci6n muy dif6cil... Y como en la familia de tu madre eran todos franquistas, quiz6 ella le ayud6 a librarse de la c6rcel o de algo peor, a cambio de que rehiciera su vida con vosotras...

VIRGINIA- (*Con gesto de dolor.*) ¡Calla! Me hace da6o hablar de esto.

QUIQUE- Y yo no quiero herirte, Virginia, pero ¿nunca te has planteado que pudo ser eso lo que ocurri6?

VIRGINIA- (*Se levanta.*) Muchas veces. (*Suspira hondamente.*) ¿C6mo no iba a plante6rmelo? Yo s6lo ten6a un a6o cuando pap6 nos dej6, en el treinta y seis, y cuando volvi6 a casa, despu6s de la guerra, me dijeron que hab6a estado en el frente y me lo cre6 a pies juntillas. Y as6 he vivido, en la inopia, pero feliz, hasta que la pobre mam6 me cont6 la verdad poco antes de morirse. (*Suspira.*) Desde entonces, desde que s6 lo que hizo mi padre, se ha enturbiado la imagen que ten6a de 6l como un hombre sin tacha. Pienso en 6l, y que Dios me perdone, como... como un chisgarab6s, capaz de abandonar a su familia, de abandonarme a m6...

AMADO- (*Ir6nico.*) No te lo tomes tan a mal, porque despu6s, para compensar, tambi6n abandon6 a la otra por vosotras. A la otra y al ni6o, que ser6a tu hermano...

VIRGINIA- Ese ni6o deb6 de morir de peque6ito. Si no, mi padre habr6a seguido la relaci6n con 6l, aunque fuera a escondidas. Y, desde luego, le habr6a dejado algo en el testamento, que eso es obligatorio... (*Suspira.*) Aunque yo creo que mam6 siempre tuvo miedo de que estuviera vivo y apareciera de repente a exigir sus derechos. ¿No te

acuerdas de lo nerviosa que estaba cuando fuimos al notario a abrir el testamento de papá? No hacía más que persignarse y santiguarse, y decía que era por si acaso...

AMADO- Es que tu madre se santiguaba hasta para montar en el ascensor.

VIRGINIA- Sí, pero lo de aquel día fue demasiado. Después, cuando me enteré de todo, comprendí que la pobre tenía la mosca detrás de la oreja, por si existía otro heredero. ¡Qué alivio debió de sentir al ver que no!

AMADO- Y tu padre, ¿no guardaba nada de su hijo? ¿Un retrato, algo...?

VIRGINIA- (*Se sienta.*) Lo único que encontré, cuando mamá murió y vacié la casa, fue un pañuelo atado con muchos nudos en el escritorio del despacho. Dentro había un paquetito de papel de seda donde ponía “Pelusilla de Vicentín”, y una fecha capicúa: “Siete del tres del treinta y siete”.

AMADO- (*Se sienta.*) ¡No me lo habías contado!

VIRGINIA- ¿Para qué? Lo tiré sin abrirlo. Me daba repelús tocar unos pelos viejos, como plumas de un pájaro muerto. Luego pensé que debían de haberle puesto Vicentín por mi abuela paterna, que se llamaba Vicenta, y que, si lo que había allí envuelto era pelusilla, el niño sería casi recién nacido. En el treinta y siete hacía un año que papá se había ido de casa, así que todo cuadraba...

AMADO- Es decir, que tu hermano tendría mi edad: dos años menos que tú.

VIRGINIA- (*Irritada.*) ¡Ya estamos! No presumas de joven, porque a estas alturas de la vida da lo mismo setenta y cuatro que setenta y seis. Aparte de que yo no represento más de setenta y cuatro. Y por lo demás: ni yo tengo hermano, ni tú tienes padres, porque ya están muertos. Hazme caso, Amado: ¿qué vas a ganar enterándote ahora de quiénes fueron?

AMADO- No te creas, que a mí también me da un poco de miedo... Me siento como si fuera a levantar una piedra sin saber si debajo hay un tesoro o un nido de víboras... Pero a la vez me come la curiosidad.

VIRGINIA- ¡Eres más terco que una mula! En fin, allá tú... ¡Yo ya te lo he advertido! (*Recoge la taza vacía.*) Y a nuestra hija, ¿no vas a decirle nada?

AMADO- Es mejor que no se entere de momento. Ya se lo contaremos más adelante, cuando veamos si hay algo que contar.

VIRGINIA- En eso te doy la razón. ¡Bastante tiene la pobre con su casa y su familia, como para meterse ahora en estos berenjenales, sólo por un capricho de su padre...! Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Estás decidido a llamar a esa mujer?

AMADO- A llamarla, no... Un asunto tan serio prefiero tratarlo cara a cara. Además debe de ser muy vieja ya, y estará sorda perdida. No creo que se las apañe por teléfono. Había pensado en ir a verla, si a ella no le importa, y si Quique me lleva en el coche...

VIRGINIA- Si nos lleva, Amado, porque yo también voy. Como te puedes imaginar, lo hago muy a disgusto, pero ya que tú te empeñas en hurgar en el pasado, iré contigo.

AMADO- No hace falta...

VIRGINIA- Sí hace, sí, que a ti cualquiera te la da con queso.

ACTO II

(Comedor, que puede ser el del Acto I con algunos cambio, como el butacón que ocupa CATALINA. Sobre la mesa hay una caja que contiene un audífono.

Por la puerta entran, vestidos de calle, AMADO y VIRGINIA, ella con un bolso colgado del brazo. Les sigue MERCEDES, que va de luto.)

MERCEDES- *(Con amabilidad.)* ¿Y Quique, no ha venido?

VIRGINIA- *(Muy tiesa.)* Subirá ahora. Está aparcando.

MERCEDES- Como es con él con quien me escribo... ¡Qué nieto tan majo tienen ustedes! *(A voces, a CATALINA.)* ¡Madre! ¡Ya han llegado estos señores!

CATALINA- ¿Qué dices?

VIRGINIA- *(A AMADO, de mal humor.)* ¡Pues bien empezamos!

MERCEDES- *(Saca el audífono de su caja, y le agarra la oreja a CATALINA. A grito pelado.)* ¡A ver, madre! ¡Déjame que te coloque el aparato para que puedas entenderte con nosotros! *(Le pone el audífono a CATALINA. En tono normal, a AMADO y VIRGINIA.)* Es que le molesta llevarlo, y apenas lo usa... ¡Milagro será que tenga pilas! *(A gritos, a CATALINA.)* ¿Oyes algo?

CATALINA- *(Indignada.)* ¡Claro que oigo! ¡No hace falta que chillas!

MERCEDES- *(A gritos.)* Este señor ha venido a preguntarte unas cosas de aquello que estuvimos hablando... *(Baja la voz. A AMADO.)* Pregúntele lo que quiera.

CATALINA- *(Irritada. A MERCEDES.)* Hablas de mí como si fuera una lavadora a la que hay que poner en marcha. Sé muy bien a lo que ha venido: me lo has dicho mil veces. *(A AMADO.)* Es usted Amado, ¿verdad?

MERCEDES- ¡Huy, perdón! Sí, madre, es Amado, y la señora es su mujer...

VIRGINIA- *(Sin ninguna cordialidad.)* Virginia.

MERCEDES- Y aquí mi madre, Catalina. Siéntense ustedes, por favor. (*Les ofrece dos sillas. VIRGINIA y AMADO se sientan.*)

AMADO- Encantado, señora. Yo... (*Se aclara la garganta.*) Ya que sabe por lo que estamos aquí, voy al grano. Me ha dicho mi nieto Enrique que usted cree que me conoció de niño, poco después de la guerra...

CATALINA- (*Con firmeza.*) Que lo creo, no: que conocí a un Amado. Otra cosa no tendré, pero memoria... Lo que ya no puedo asegurar es que sea usted. Han pasado muchísimos años.

VIRGINIA- (*Manoteando, a AMADO.*) ¡Claro que no lo puede asegurar! ¡Como que es una tontería empezar a investigar a estas alturas, cuando lo que nos pide el cuerpo es disfrutar en paz del tiempo que nos queda! (*A MERCEDES, con una sonrisa forzada.*) ¿No opina usted lo mismo?

MERCEDES- (*A la defensiva.*) Yo no tengo ningún interés en investigar nada. Fue Quique el que puso el anuncio, y yo lo vi y le contesté...

VIRGINIA- ¡Pero Quique es un crío! ¿Qué sabrá él de la vida? (*En tono de reproche.*) Para eso estamos las personas mayores, como usted y como yo: para hacer recapacitar a los jóvenes, y no para darles alas, ¿no cree?

MERCEDES- (*Azorada.*) No sé...

VIRGINIA- (*Con aire de suficiencia.*) Ah, pero yo sí lo sé, y a mí, que tengo experiencia, me parece que esto no va a traer nada bueno.

AMADO- (*Le pone a VIRGINIA una mano en el brazo.*) Virginia, por favor, déjanos hablar. (*A CATALINA.*) Me ha dicho mi nieto que, después de la guerra, vivía usted en Lagasca, muy cerca de Alcalá...

CATALINA- Vivir, no. Serví allí unos años, hasta que me casé. Entonces sí empecé a vivir un poco, porque lo de antes no era vida...

VIRGINIA- (*Con retintín.*) ¡Vaya por Dios! ¿Tan mal la trataban sus señores?

AMADO- (*Irritado.*) ¡Virginia! (*A CATALINA, con calma.*) Y fue allí donde me vio... Donde vio al niño ese, a Amado...

CATALINA- Sí, señor, le veía casi a diario. Me trataba mucho con la chica que le sacaba a pasear, de Chelo...

AMADO- (*Pensativo.*) Chelo... (*Se anima de repente.*) Una chica con una trenza muy larga...

CATALINA- Sí, una soguilla muy hermosa del color de la paja...

AMADO- (*Excitado, se vuelve hacia VIRGINIA.*) ¡Era Chelo, mi niñera...!

VIRGINIA- (*Se levanta, impaciente.*) ¿Y qué tiene eso que ver con tus padres naturales? ¡No me habrás traído hasta aquí para hablarme de tu niñera...!

AMADO- (*Irritado.*) ¡Yo no te he traído! ¡Te has empeñado tú en venir!

MERCEDES- (*Se levanta. A gritos.*) Madre, lo que quiere saber el señor es si conocías a ese niño antes de ponerte a servir allí...

CATALINA- ¡No me chilles! (*Lentamente.*) Conocerle en persona, no, pero le había visto en un retrato...

VIRGINIA- (*Se levanta. Nerviosa.*) ¡Ay, Dios! ¡A ver dónde nos estamos metiendo...!

AMADO- (*Con avidez.*) ¿Qué retrato? ¿Dónde estaba? ¿Quién lo tenía?

CATALINA- Una mujer... (*Se hace un silencio.*)

MERCEDES- ¿Qué mujer, madre?

CATALINA- Dolores. El apellido no lo sé. No lo he sabido nunca, y eso que era mi mejor amiga...

AMADO- (*Con avidez.*) Pero ¿quién era esa Dolores? ¿De qué la conocía?

CATALINA- De la prisión de Ventas. A las dos nos habían metido presas al acabar la guerra, aunque a mí me soltaron a los dos meses. A ella no, porque era comunista de verdad, de las de carné, y en esos tiempos... ¡imagínese! Yo volví luego, pero ya no la encontré. O la habían trasladado a otra cárcel, o... le habían hecho algo peor. Por más que pregunté, no soltaron prenda, así que no le pude dar la noticia.

AMADO- (*Impaciente.*) ¿Qué noticia, señora?

CATALINA- ¿Cuál va a ser? Que su hijo no se había muerto, como le habían dicho a ella, sino que vivía con una familia rica, enfrente de donde yo servía, y que le trataban con mucho cariño...

AMADO- (*Respira hondamente.*) Pero... ¿qué pruebas tiene usted de que fuera ella la madre?

CATALINA- El retrato del niño. Era el mismo niño al que sacaba la Chelo a pasear.

AMADO- (*Con vivo interés.*) ¿O sea, que esa Dolores tenía un retrato mío?

CATALINA- ¡Ah, yo no sé si suyo! Tenía un retrato de su hijo. No hacía más que mirarlo a escondidas, y como siempre estábamos juntas, me sabía la cara del crío de memoria.

VIRGINIA- (*Se sienta. Burlona, a AMADO.*) ¡Ahora va a resultar que tu madre era una presidiaria que estaba en la cárcel por roja!

AMADO- ¿No pudo confundirse usted, Catalina? Los niños cambian mucho.

CATALINA- No habían pasado más de dos o tres meses, y a mí no se me despinta una cara. La única diferencia es que llevaba el pelo más cortito... Y que le habían cambiado el nombre por el de Amado, porque Dolores le llamaba Agustín...

AMADO- ¿Agustín?

CATALINA- O Valentín, o algo así. Ay, ¿cómo era...? Bueno, ya me vendrá a la cabeza cuando menos lo piense...

VIRGINIA- (*Extrañada.*) Pero ¿no les habían dicho que el hijo de esa Dolores había fallecido?

CATALINA- ¿Y qué? Ella nunca se lo creyó. Estaba convencida de que se lo había robado el mismo cura que le dio la noticia de su muerte.

VIRGINIA- (*Escandalizada.*) ¡Un cura! ¿Que un cura robó a un niño? Pero ¿cómo se le ocurre esa barbaridad?

CATALINA- ¡De barbaridad, nada! (*Sacude la mano de arriba abajo.*) ¡Anda, que lo que no hicieran los curas...! Decían que quitándoles los niños a las rojas, los salvaban del infierno.

AMADO- Sí, yo he leído en algún sitio que se los entregaban a matrimonios cristianos y de derechas que no pudieran tener hijos.

VIRGINIA- (*Suspira, aliviada.*) ¡Ah, bueno! ¡Eso ya es otra cosa...! Si lo apartaban de una gentuza sin principios para dárselo a una familia que lo educara como Dios manda...

MERCEDES- (*Perpleja.*) ¡Señora...!

AMADO- (*Ídem.*) ¡Virginia...!

VIRGINIA- A mí no me parece nada mal. Al fin y al cabo, la criatura salía ganando. (*Se acerca a CATALINA.*) De todos modos, ¿quién era ese sacerdote misterioso que, según usted, se llevó al niño?

CATALINA- Era como todos los curas: muy buenas palabras, y mucho juntar y separar las manos al hablar, como si estuviera rezando. Sólo que éste tenía unos ojos más duros que el pedernal.

VIRGINIA- (*Burlona.*) Si eso es todo lo que sabe de él, apaga y vámonos...

CATALINA- También sé que se llamaba Fruela, y que por aquel entonces andaría por los cuarenta y tantos...

AMADO- (*Conmocionado.*) ¿Fruela? ¿El padre Fruela? ¿Así que fue él el responsable de todo esto...?

VIRGINIA- (*Furiosa.*) ¡El padre Fruela! ¡Vaya un embuste!

MERCEDES- (*A la defensiva.*) ¿Y por qué iba a mentirles mi madre?

VIRGINIA- Porque el padre Fruela era un sacerdote muy respetable, amigo de mis suegros. (*A CATALINA.*) ¿De dónde ha sacado usted ese nombre?

CATALINA- Ya se lo he dicho. Del cura que se llevó al niño de Dolores a la enfermería, con la excusa de que tenía muy mal color, y volvió a la semana a decirle que se había muerto. Y al niño no le pasaba nada, más que estaba pálido y sin lustre de tantos días como llevaba allí encerrado.

VIRGINIA- En cualquier caso sería otro Fruela, porque lo que está fuera de toda duda es que mi marido no es hijo de una presidiaria. (*Indignada.*) ¡Pues sí, hombre! ¡Hasta ahí podíamos llegar...!

AMADO- (*Se levanta, exasperado.*) ¡Por Dios, Virginia! ¡Déjanos hablar!

VIRGINIA- (*Con rencor.*) ¡Si lo llego a saber, vienes tú solo! ¡Encima de que me tomo la molestia...! (*Se aparta unos pasos, abre el bolso, saca un pañuelito, y se da unos toques con él en la punta de la nariz.*)

AMADO- (*Vuelve a sentarse. Más calmado, a CATALINA.*) Ese sacerdote que usted dice debe de ser el mismo que era amigo de mis padres adoptivos: fue precisamente él quien me explicó que yo no era hijo de ellos, así que es muy probable que estuviera

relacionado con mi adopción. Incluso que supiera quién era mi madre, aunque no me lo quiso decir...

CATALINA- No se lo dijo porque no podía contarle que fue él quien se lo robó de los brazos...

VIRGINIA- (*Desde lejos, en voz alta, mientras guarda de nuevo el pañuelo en el bolso.*) ¡Dios mío, qué sarta de barbaridades!

AMADO- Y dígame usted: ¿y mi madre...? (*Mira a VIRGINIA y se corrige.*) ¿Y esa Dolores? ¿Estaba casada? Quiero decir, ¿sabe usted algo de mi padre?

CATALINA- Sí que era casada, aunque el marido no dio señales de vida. Para mí que los abandonó a ella y al niño, pero la pobre estaba convencida de que volvería un día u otro a buscarla. “¡Como no le echas un galgo...!”, pensaba yo. “Ése va a volver cuando las ranas críen pelo”.

MERCEDES- (*Le toca el hombro a CATALINA en actitud de reproche.*) ¡Madre! ¡Que debía de ser el padre de este señor...!

AMADO- No se preocupe. Quiero saberlo todo. Y ¿por qué cree usted que la abandonó?

CATALINA- Porque después de la guerra, por nada te soltaban cuatro tiros o te mataban a palizas en la cárcel. Y como ella era una persona muy señalada de la resistencia antifranquista, a él debió de entrarle miedo de significarse yendo a verla a la cárcel. Además, se había casado con Dolores de segundas, y su primera mujer era todo lo contrario: venía de una familia de derechas, y encima con dinero y con buenas relaciones... Me imagino que volvería con ella para salvar el cuello.

VIRGINIA- (*Se acerca.*) ¡Qué inventiva! (*A AMADO, furiosa.*) ¡Si vas a fiarte de lo que se imagina esta señora...!

MERCEDES- ¡Oiga, un respeto...!

AMADO- (*Se vuelve hacia VIRGINIA.*) Pero ¿por qué te pones así, Virginia? ¡Está hablando de mi padre, no del tuyo!

VIRGINIA- ¡Hay miles de maridos divorciados que vuelve al hogar! ¡Ya que lo has mencionado, el propio papá, sin ir más lejos! (*Alza la voz, desafiante.*) Y él no volvió

por miedo, sino porque se dio cuenta de que quería a mi madre. La otra no fue más que un capricho, y lógicamente se hartó de ella.

AMADO- ¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos diciendo?

VIRGINIA- ¡Que todo esto es una sarta de embustes! Estas mujeres no quieren más que traernos la desgracia. (*Saca de nuevo el pañuelo del bolso, y se vuelve a dar unos toquécitos con él en la punta de la nariz.*)

MERCEDES- ¡Oiga, oiga! Yo no he hecho más que contestar al anuncio de su nieto...

AMADO- No se enfade, Mercedes. Es que es un asunto muy delicado para nosotros, y mi mujer está alterada...

VIRGINIA- (*Fuera de sí.*) ¿Alterada yo? ¡Qué voy a estar yo alterada! (*Va a meter el pañuelo en el bolso, y, con los nervios, le da la vuelta a éste, y vuelca todo su contenido. Se agacha a recogerlo.*) ¡Ten cuidado con lo que dices, porque aquí no me conocen y van a pensar que soy una histérica!

MERCEDES- Lo único que yo pretendía era hacerle un favor a Quique, diciéndole lo que tantas veces he oído contar a mi madre...

VIRGINIA- (*Se sienta, indignada.*) ¡Un favor! Bueno, pues ya nos lo ha hecho a todos. ¿Y qué hemos sacado en limpio? (*A CATALINA, que parece no escucharla, abstraída en sus pensamientos.*) Que usted conoció en la cárcel a una presa que había perdido a su hijo, y, supongo que trastornada por la pena, se empeñó en que se lo había robado un sacerdote. Todo eso no tiene nada que ver con mi marido, a Dios gracias...

CATALINA- (*Da una palmada, juntando las manos, eufórica.*) ¡Vicentín!

(*Se hace un silencio.*)

VIRGINIA (*Mira horrorizada a AMADO, que no se inmuta. A CATALINA, balbuciendo.*) ¿Có..., cómo dice usted?

MERCEDES- (*Ajena al efecto que el nombre que acaba de pronunciarse produce en VIRGINIA.*) ¿Quién es ese Vicentín, madre?

CATALINA- ¡El nombre que no me salía! ¡El del niño del retrato que tenía Dolores! (*A AMADO.*) Me ha venido de pronto a las mientes. Sabía que terminaba en “tín”, pero no era ni Agustín ni Valentín, sino Vicentín. A su madre no se le caía de la boca.

VIRGINIA- (*Se levanta, retorciéndose las manos, nerviosísima.*) ¡No puede ser!

AMADO- (*Intentando recordar.*) ¿Vicentín? ¿Dónde he oído yo...?

VIRGINIA- (*A AMADO.*) ¿Es que no te das cuenta? (*Temblorosa, con la mano en el pecho.*) Vicentín es... era... ¡No puede ser!

AMADO- (*Lentamente.*) Ya caigo... Era... tu hermano... (*Se levanta.*) Pero entonces yo..., tú... (*Con voz desmayada, a CATALINA.*) ¿Está usted segura de que ese niño se llamaba así?

CATALINA- ¡Y tanto! Otra cosa no tendré, pero memoria...

VIRGINIA- (*Coge a AMADO del brazo.*) ¡No hagas caso, Amado! Todo esto no es más que una broma. ¡Una broma pesada...! ¡Ya te advertí que no viniéramos!

MERCEDES- (*A voz en grito, a CATALINA.*) Madre, lo que dices no es posible, porque, si fuera así, estos señores serían hermanos, a la vez que marido y mujer... ¡Te estarás confundiendo con otro! Hay miles de Vicentes...

CATALINA- Sí, pero éste que yo digo era Vicentín. El hijo de Dolores, el mismo que después de la guerra se llamaba Amado y vivía enfrente de mí... Al que cuidaba la Chelo y tenía un caballito... Si este señor era aquel niño, entonces este señor es Vicentín.

TELÓN